

Contigo  
en

el  
mundo

Sara Ballarín

SUMA

SÍGUENOS EN

**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A Elísabet, por aparecer y quedarse en mi vida.  
Volemos siempre, pequeña.*

«La única alegría en el mundo es comenzar. Es hermoso vivir porque vivir es comenzar, siempre, a cada instante».

CESARE PAVESE

## 1

## COMENZAR

Estuve pensando qué ponerme durante más de media hora. Me tiré encima de la cama con las domingas al viento, muerta de asco y resoplando. Que me apetecía un montón el momento, irónicamente hablando y tal. No era yo muy fina con la moda, así que no sabía cómo tienes que vestirte para quedar con tu novio cuando vas a dejarle. Deberían publicar un artículo en alguna revista de trapitos aconsejando cómo narices vestirse para joderle la vida a una persona. Debía ir sencilla, supuse, cero maquillaje, zapato plano, o mejor zapatilla. Un poco zarrapastrosa, vaya. Que él no pensara que me estaba tomando a risa el «No eres tú, soy yo...», que es una frase manida que no dice nada, pero, bueno, queda bien antes de romperle el corazón a alguien. «Joder, venga, Vega», me dije, «que no solo eres una rompecorazonos sino que además ¡vas a llegar tarde!».

La nuestra era una relación de las denominadas «estables», porque llevábamos tres años saliendo sin altibajos ni tormentos, así que todo el mundo nos hacía compartiendo piso en breve, pasando por el altar y criando descendencia. Pero a mí como que me daba un repelús horroroso pensar en esas cosas porque tenía muy claro que no las quería, y menos con Samuel. Algo había ido apagándose en mí y ya no sentía lo mismo por él. Le había dejado de querer, sí. Y ya no podía más. Tenía treinta años y la sensación de haber cumplido los cincuenta, como una *viejoven* que no sabe si es una cosa o la otra. Mi relación era absolutamente monótona y predecible; me cortaba las alas, me ahogaba, me aburría y me hacía ver la vida de color gris. Y no es que yo

fuera una aventurera, pero sí que me gustaba un poco de emoción, de enamoramiento tontorrón, de independencia y a la vez de compañerismo con tu pareja. Encajar dos personalidades, sin anularlas ni restringirlas; solo acoplándolas a unas necesidades comunes, pero respetando las individuales. Tampoco pedía mucho, ¿no?

Así que en ese mismo instante, con tres años de relación a las espaldas, había decidido ponerme mis leggins y mi camiseta de los Rolling Stones para ir a casa de Samuel a decirle «No eres tú, soy yo...». Él me había invitado a ver una película y yo iba resuelta a dejarle. Madre mía. Me daba mucha pena y un palo tremendo, porque que Samuel fuera un amor de persona no me lo ponía fácil. No puedo decir nada malo de él. Era tierno, atento, divertido, inteligente, me cuidaba, se preocupaba por mí y me apoyaba en todo. Creo que era la mejor persona que había conocido jamás. O, al menos, a mí me lo había dado todo. Pero yo ya no estaba enamorada de él, por mucho que quisiera o por mucha pena que me diera, como en la canción de La Habitación Roja, «Ayer», que resonaba constantemente en mi cabeza esos días. Y él algo se olía, claro. No era tonto y sabía que el «tenemos que hablar» caería un día u otro. Y ese día había llegado.

Samuel me abrió la puerta vestido con una camiseta medio rota, calzoncillos colganderos y calcetines blancos de deporte subidos hasta la espinilla. Joder, a mi libido casi le dio un infarto. Si al menos se hubiera quitado los calcetines... Respiré, pensando que quizá lo habría pillado a medio vestir, pero no. Pasamos al salón, nos sentamos en el sofá y él y sus calcetines blancos seguían ahí. Y es que, por mucha confianza que se tenga con tu pareja, hay unos límites. Estar en calzoncillos y calcetines es uno de ellos. Mear mientras el otro se lava los dientes, otro.

—Samuel, ponte unos pantalones, ¿no? —dije tratando de ser amable. Además, tampoco me apetecía romper con él de esa guisa. Lo veía hasta humillante para él.

—Es que tengo calor.

—Ah.

Bueno, pues... *from lost to the river*.

—Esto..., Samuel, tenemos que hablar.

Soy de un original... Samuel me miró como un conejito asustado y se me puso un nudo en la garganta.

—Joder —se limitó a decir, porque sabía lo que venía a continuación.

—Samuel, lo siento, de verdad. Lo he pensado mucho, muchísimo, y he intentado recuperar lo que teníamos, pero ya no es lo mismo. Hace un tiempo que la cosa no va bien y yo ya no... Yo... ya no estoy enamorada de ti y creo que es mejor que lo dejemos. Lo siento en el alma, pero no le veo futuro a esto.

Hala, así, a las bravas. Directa, a bocajarro y sin sutilezas. Ay, Vega. Y es que en el fondo no quería llenar el discurso de frases típicas que no dicen nada y que además dan falsas esperanzas. No. Prefería clavar el puñal en un golpe seco, certero y único. Nada de «nos damos un tiempo» o explicaciones enrevesadas sobre sentimientos, porque cuando dejas de querer a una persona no hay más que rascar.

—Joder, Vega. Y me lo sueltas así —dijo.

—Lo siento, en serio. Sabes que no me gustan los adornos y que no tengo tacto. Y sabes que no estamos bien.

—¡Claro que sí, joder!

—No, Samu, no lo estamos. Yo no lo estoy y tú es imposible que lo estés cuando una de las partes de la pareja no está entregada al cien por cien. Tú te mereces otra relación, otra persona. Una que sea tan buena como tú, que no sea tan independiente como yo o que comparta tus planes de vida. Y sabes que yo no soy esa persona.

Se quedó callado. Era perfectamente consciente de lo que había. Habíamos estirado la relación hasta su límite y ya no se podía forzar más.

—¿Por qué no nos damos un tiempo? Un tiempo para que tú te pienses las cosas con tranquilidad.

—Porque sabes que esas cosas no funcionan. No cuando lo tienes claro —dije con un hilo de voz. Él se quedó callado bajando la cabeza—. Samuel, lo siento de verdad, pero

con lo distintos que somos, con los planes tan diferentes de vida que llevamos yo... no puedo seguir.

—Pero ¿por qué? —Se levantó del sofá—. ¿Hay otro?

—Claro que no. Es que ya no funciona. Siempre hemos tenido proyectos de vida distintos, y al llegar a una edad en la que hay que empezar a ponerlos en práctica me doy cuenta de que nos están comiendo. Tú quieres casarte, tener hijos e ir a comer a casa de tu madre los domingos y yo no quiero casarme ni tener hijos ni ir a comer a casa de nadie los domingos.

—Joder.

—Lo siento. No es por tu culpa, ni por la mía. Simplemente hay veces en las que las relaciones no funcionan, por muy buenas que hayan sido.

—Pero yo te quiero, Vega.

—Y yo a ti, pero como persona y como alguien que ha estado conmigo tres años, no como novio ni como compañero en la vida. Lo siento. Ojalá quisiera lo mismo que tú y ojalá encuentres quien lo quiera, pero yo... no puedo.

No dijo nada más. Si algo tenía Samuel era orgullo. Odiaba que le dejaran, claro, pero en el fondo se lo esperaba. Quizá le costara más reconocer la realidad que a mí, pero la conocía y sabía que la relación estaba rota hacía tiempo. Así que, viendo que ya no decía nada ni me miraba, decidí que lo mejor que podía hacer era irme.

—Me voy, Samuel —dije levantándome y acercándome a él para despedirme.

—Adiós, Vega —respondió mirando por la ventana y dándome la espalda.

Me encaminé a la puerta del salón y antes de cruzarla me giré. Samuel seguía de espaldas.

—Espero de corazón que todo te vaya muy bien.

—Adiós, Vega.

Asentí en silencio y me fui. Cuando me metí en el ascensor resoplé y sentí que me había quitado un peso gigante de encima. Y no es que yo fuera fría o no tuviera sentimientos, es que había estado tan agobiada y asfixiada que ahora no podía sentirme mal por algo que había hecho aguas

tiempo atrás. Llegué a la calle y me encendí un cigarro. Fumaba muy poquito, más de forma social que otra cosa, aunque en esa ocasión lo necesitaba. Suspiré. Pasados los primeros segundos de liberación, me dio un poco de pena Samuel, por ser tan bueno y porque la cosa no hubiera salido bien... para él. No me sentía culpable tampoco. No me gustaba la idea de que Samuel o nadie sufriera por mi culpa, eso desde luego, y me habría gustado que las cosas hubieran sido distintas; pero eso no significaba que tuviera remordimientos. Había tomado una decisión meditada y me sentía liberada. Ahora tenía que recomponer un poco mi vida, renacer, pensar en un plan de trabajo mejor e independizarme cuanto antes.

Y si quería renacer y ser una especie de ave fénix con mi melena morena tenía que buscar un trabajo normal y dejar de hacer el vago. Estaba decidida: se acabó lo de dar clases particulares de violín a los cuatro mocosos que solo eran mis alumnos porque sus papás pensaban que era muy cool decir eso de que sus retoños tocaban el violín o el piano. Se acabó un trabajo de pocas horas y nula estabilidad cuando me había pegado la friolera de catorce años estudiando en el conservatorio una carrera que no me había deparado más que fracasos. Bueno, fracasos no; seamos sinceros: no es que yo aspirara a una meta imposible, como tocar en una importante orquesta sinfónica; ni siquiera quise opositar a profesora de un conservatorio porque estuve en uno tantos años que les cogí tirria. En cuanto acabé la carrera de violín, hice unos cursos de perfeccionamiento, toqué en una agrupación sinfónica local que se disolvió al cabo de un tiempo y después me salió lo de las clases particulares que no es por nada, pero mal pagadas no estaban. Dinero y tiempo libre en el que tocarme el... eso. El toto, me refiero. Pero claro, ya tenía treinta años y sentía la necesidad imperiosa de emprender mi propio camino y ser un poco dueña de mi vida. Que ya lo era, ojo, porque si algo he sido siempre es muy mía y muy independiente, pero necesitaba dar un paso más y, sobre todo, salir de casa de papá y mamá.

Por eso, un par de tardes después de dejar a Samuel, cuando estaba echando un vistazo a una conocida página web de ofertas de trabajo, llamé corriendo a una escuela de música de un municipio cercano a donde yo vivía que había puesto un anuncio en el que pedían de forma urgente profesor de violín por renuncia de la profesora titular. Estaba casi temblando mientras sonaba el tono de llamada, pero respiré hondo y cuando el director de la escuela, un tal Leandro, me respondió, fingí ser superprofesional. En aquella llamada Leandro me explicó que la profesora había dimitido de su puesto porque se mudaba a otra ciudad y que, a punto de comenzar las clases, necesitaban un sustituto. Hablamos un poquito, le conté mi currículum y me preguntó si podía ir para una entrevista al día siguiente. ¡Y claro que podía! ¡Estaba eufórica! Si conseguía ese trabajo se resolvería mi incertidumbre laboral porque trabajaría más horas, tendría un salario medio, estaría en una escuela profesional... Así que al día siguiente, cuando me fui hacia el municipio en coche e hice la entrevista cara a cara, lo di todo. Primero una pequeña charla otra vez con Leandro, que resultó ser un hombre de unos cincuenta y cinco, rechoncho y con la cara roja tipo «qué bonachón». Después me describió un poco la escuela. No era muy grande, pero tenían una buena oferta de instrumentos y muchos años de andadura. También me informó de los cursos que tendría que dar y luego me pidió que hiciera una prueba práctica. Vamos, que tocara el violín. Me salió bastante bien y en ese mismo momento Leandro me dijo que el puesto era mío y me preguntó si podía incorporarme ya.

—Bueno —dije carraspeando—, por mí, perfecto, pero tendría que buscarme un apartamento y eso; que aunque esto está cerca, no lo suficiente para ir y venir en coche todos los días.

—Yo tengo en propiedad dos apartamentos en el centro. Se encuentran en un mismo bloque pequeño y ambos están libres. Podrías quedarte en cualquiera de los dos, aunque el bajo está más habitable y tiene terraza. En todo ca-

so, podrías estar allí unos días hasta que encontraras algo que te gustara o si te gusta, hablaríamos de alquilártelo.

Se encogió de hombros y yo dudé un segundo. ¿Sería de fiar?

—No sé; así tan de repente... —Fingí hacerme la modosa.

—Lo entiendo, pero es que nos urge tanto encontrar a alguien... No podemos empezar el curso escolar sin profesora de violín.

—¿Podría verlo?

—Claro.

Eran dos apartamentos en un bloque de tan solo dos pisos, como me había dicho Leandro, en una plaza bastante tranquila. Y tenía razón el más majete era el bajo, y la terraza me pareció que daba mucho juego. El piso era antiguo y pequeño. Nada más entrar por la puerta ya veías el salón-cocina y en lo alto la única habitación, que estaba a modo de altillo sobre la cocina, separada por una barandilla de madera y a la que se accedía por unas escaleras desde el salón. El salón-cocina tenía un sofá cama, mesa con cuatro sillas, un televisor, una cocina empotrada con pegotes de aceite en casi todos los armarios y un cuarto de baño pequeño y no muy limpio. Un poquito de asquete ya daba. Lo bueno era que estaba a solo diez minutos andando de la escuela y, además, estaba a dos calles de una playa, por lo que se podían perdonar el mal estado y las reducidas dimensiones. Pensé que con una buena limpieza, una visita a Ikea y un taladro, pasaría de ser la casa de Fétido Adams a un apartamento muy cuqui. ¿He dicho yo «cuqui»? Matadme.

El caso es que acepté. Sí. Así de repente, sin pensar mucho y sin calibrar demasiado. Llevada por un impulso. Pero ¿qué tenía que perder? En mi ciudad no me quedaban más que unos padres deseando que volara del nido, una hermana que hacía su vida con su marido, ninguna relación sentimental, ningún trabajo y amigas que se habían desconectado del grupo y aunque seguíamos de vez en cuando en contacto, ya no era ni de lejos lo mismo. Tan solo tenía a mi

mejor amiga, Elsa. Pero tenía que hacer mi vida también, ¿no? Leandro y yo nos dimos un apretón de manos y acto seguido me dio las llaves del apartamento para que pudiera hacer la mudanza y me incorporara en cuatro o cinco días a más tardar a la escuela. Tras despedirnos, me volví en coche, sonriendo como una boba con Izal y su «Despedida» sonando a tope. Sí, sonreí sin parar. Porque me sentía viva, me sentía de nuevo independiente y de nuevo yo. La Vega de siempre, que cambiaría de ciudad, de trabajo, de gente y de vida. Con todas las posibilidades y puertas abiertas que eso suponía.

Pero no todo el mundo a mi alrededor comprendió ni aceptó de buen grado el hecho de que me lanzara a una piscina sin saber si estaba llena o no, por voluntad propia y en aras de la aventura y la búsqueda de la madurez. Y no, no hablo de mis padres, de mi hermana, de mis amigas o de Samuel, quien, por otro lado, me había llamado ya dos veces desde la ruptura y se mostró indignado y abatido por mi marcha. No. Tenía una especie de bebé a mi cargo al borde de la desesperación ante mi inminente traslado.

—Pero si es un sitio pequeño... —lloriqueó Elsa, mi mejor amiga, mientras daba un sorbo a su White Label con Fanta de limón.

—Es un cambio de ciudad y un cambio de todo; mejor que sea pequeño y manejable.

—No digas que cambias de ciudad. Es un pueblo.

—Ciudad pequeña, pueblo grande... Qué más da. —Me reí yo.

—Te morirás de asco. Y no vas a tener a nadie que soporte tu mala baba.

La miré de arriba abajo con una ceja levantada pero riéndome. Elsa tenía los ojos claros y rasgos finos. No era el prototipo de chica guapa que deslumbra al mundo con su belleza, pero tenía una cara de niña mala y descarada que atraía a todo rabo, digo bicho viviente, con su pelito rubio corto con raya a un lado y flequillo largo. Además, siempre vestía como recién salida de *Vogue*, con lentejuelas, plumas y cosas brillantes. Ante mi sonrisa, hizo un puchero y

luego se echó un eructo. Joder, la iba a echar mucho de menos. Igual era la única persona a la que añoraría de verdad.

—Espero que vengas a verme, nenita.

—Claro que sí. Joder, ¿qué voy a hacer sin ti aquí? —repetía sin cesar—. ¿Quién aguantará mis penas por Roberto?

—Yo no aguanto tus penas con Roberto, ni a Roberto desde hace tiempo, chata —respondí levantando mi copa de *gin-tonic* a modo de brindis.

Elsa hizo una mueca burlona y me sacó el dedo corazón.

—Siento dejarte, Elsa, de verdad. Sabes que eres más que mi hermana y que va a ser muy duro estar sin ti.

—Oye, que si te vas a poner rollo exaltación de la amistad, que sepas que está ya muy visto y pasado de moda. Además, hoy no llevo el rímel bueno y paso de parecer un mapache. Gracias. —Sonrió y yo me la quise comer.

—No te hagas la dura —dije riendo—. Sabes de sobra que me vas a fundir la batería del teléfono a llamadas y whatsapps.

—No te vayas y no tendrás ese problema. —Sonrió sarcástica.

La miré de arriba abajo. Mi Elsa, cuánto la iba a echar de menos.

—¿Sabes qué molaría? —dije.

—Sorpréndeme.

—Que dejaras al imbécil de Roberto y te vinieras conmigo. Encima de mi nueva casa hay un apartamento que Leandro quiere alquilar...

Ella se echó a reír.

—¡Ni de coña! No te quiero tanto.

Me reí. Fin de la conversación.

De momento.

Al día siguiente cargué el coche de mi padre de todo lo que pude y emprendí mi marcha al que sería mi nuevo hogar. Como el piso estaba tan ajado, tenía pensado hacerle un lavado de cara antes de meter nada así que me pasé todo el día limpiando de arriba abajo todos los rincones habi-

dos y por haber. Todo. Cuando terminé, me senté en el sofá y me abrí una lata de cerveza que había traído en una neverita con comida. Estaba sudorosa y olía fatal, pero empecé a sentirme un poco más en casa al verlo todo limpio, fresco y con buen olor. Estaría bien ahí, seguro. No necesitaba grandes lujos, así que ¿qué más podía pedir? Nada, coño, que no era Paris Hilton. Me levanté y abrí una ventana con un pequeño balconcito en el que pensé que quedarían muy bien unas macetitas con flores y miré al frente. Una explanada verde se entreveía entre el hueco de varios chopos que se mecían y delimitaban lo que parecía el césped de una piscina municipal. Cerré los ojos e inspiré hondo. Sí, estaría muy bien.

Al acabar de poner los trastos más necesarios y hacer del piso algo ya habitable, decidí dar por concluida la primera jornada de puesta a punto e ir a pasear por la playa, que estaba a menos de dos minutos. Era mediados de septiembre y hacía una tarde estupenda para salir. Además, así luego iría hacia la escuela para aprenderme el camino. Cuando llegué, me senté en la arena mirando al mar, hipnotizada. Para mí el mar siempre había sido como sedante y de adolescente fantaseaba con vivir en un sitio con playa. Y ahora... ahí estaba. En un pueblo costero, como siempre había querido. Hice un barrido general a la arena semidesértica rogando por que hubiera cada día esa paz. Lejos, muy lejos, me parecía que quedaban Samuel y mi trabajo de mierda. Mis problemas se veían minúsculos con el frescor de la brisa que corría en la caída de la tarde. Me puse metafísica preguntándome si podría empezar de nuevo y pensando que cuando cierras puertas, siempre se abren otras para sorprenderte. ¿Qué me depararía esa nueva puerta? De momento, hambre como si fuera un elefante, así que dejé de ponerme metafísica, que no era mucho mi rollo, y me levanté para volver a casa y cenar.

Al llegar a mi plaza, me fijé en una librería que tenía al lado de mi bloque. Vi cómo se llamaba y sonreí. «Qué curioso», pensé. El nombre del sitio me recordaba a uno de mis libros favoritos, *La invención de Morel*, de Bioy Casares: li-

brería Morel. Sonreí, porque desde fuera tenía buena pinta y me gustó que un sitio así estuviera justo debajo de mi casa, como si fuera el decorado perfecto para una obra de teatro que comenzaría al día siguiente, cuando estuviera instalada del todo y empezara las clases. Una obra en la que todo sería distinto y nuevo a partir de ese momento. Sin Samuel, sin mi familia, sin mis amigas y con un nuevo trabajo. Era como arrancar de cero y me sentía con unas ganas tremendas de embarcarme en esa aventura desconocida, de lanzarme con todo a la piscina, de vivir esa experiencia y de aprender con ella. Sí. Estaba muy contenta con mi decisión. Tenía una nueva oportunidad ante mí, las ganas de aprovecharla y la ilusión de que ese nuevo comienzo determinara, por fin, mi lugar en el mundo.